

LA SOLEDAD PÚRPURA

*Ya somos el olvido que seremos.
El polvo elemental que nos ignora
y que fue el rojo Adán, y que es ahora,
todos los hombres, y que no vemos.*

JORGE LUIS BORGES

Henri, recostado sobre la tumbona del corredor, mira ausente el cono del volcán. Mantiene en sus manos esa pequeña hoja de papel azul claro que todavía conserva la marca de los pliegues. ¿Cuántos años tenían entonces? ¿Diecisiete, quizás? Fue desde allí, en ese lugar en la boca del río Penasacán se abre a las aguas del Pacífico sur. Fue desde allí, arena arrastrada por el viento de poniente que llega desde el océano, playa extensa, luz diáfana. Fue desde allí desde donde Juliette le escribía aquel verano. Y luego, luego nada.

Queridísimo Henri: acabo de recibir tu carta tan bonita y ya te estoy escribiendo en estas hojas de papel azul claro que tanto te gustan. Esta separación es horrible, tengo muchas ganas de estar contigo y sobre todo de ver tus ojos que me dicen tantas cosas y son tan limpios. No dejo ni por un momento de pensar en ti. Sueño que vienes a verme por la noche a la ventana de esta casa de la playa. Todos los días salgo al corredor a mirar las estrellas que se asoman detrás de las dunas. Son unas noches preciosas, me gustaría estar contigo viéndolas y diciéndote cuánto te quiero.

Juliette

Estaba entre los apuntes de la universidad de San Carlos, en la carpeta marrón de gomas. Apareció, así, sin saber cómo. Sintió un ramalazo de ternura. ¡Qué limpio era todo entonces! Tenía que haber más, pero estaba sólo esa..., sólo esa. La leyó deprisa la primera vez y luego, dos veces, tres, muchas, saboreando cada palabra de esa letra grande y firme. Tantos años sin haber vuelto a verla, tantos años... No sabe por qué impulso se lanzó de aquella manera a intentar localizarla. Un amigo de un amigo, al fin, le dio los datos.

—Juliette, soy yo...

—¿Quién?

—Soy yo, Henri.

—¿Henri?

—Tengo una de tus cartas, aquellas escritas por ti hace mucho tiempo en el papel azul claro.

—Pero, Henri, ¿qué dices? Si yo, yo..., no he sabido nada de ti..., han pasado tantos años.

—Lo sé, lo sé, Juliette, una vida ha pasado, pero tengo tu carta y yo...

—Una carta, una carta, espera, espera..., no entiendo. Henri, ¿por qué me llamas? Desapareciste, ¿sabes? Totalmente. Y ahora me hablas de una carta que te escribí hace...

—Sí Juliette, apareció entre unas cosas antiguas, la he leído mil veces y... Perdona, perdona, te invado, lo sé, perdona, pero... Me gustaría dártela. ¡Qué limpio era todo entonces! Es precioso lo que me decías allí. Alguna vez, luego, vi tus cuadros en una de tus exposiciones, con esa luz, y ahora yo...

Sobre la playa, pequeñas dunas bailan al viento los finos cabellos de algunas plantas. Una luz limpia lo inunda todo dejando en la arena un olor salobre a mojado y algas. Aquella casa de madera es apenas una huella sobre un inmenso arenal. Se posa para asomarse a un mar largo, se levanta del suelo sobre pilares y vuelca sus terrazas hacia el exterior resguardándose del sol con gruesas lonas verdes. La ninfa se revuelca entre las olas.

Juliette siente allí el aislamiento, la libertad ante la naturaleza en estado puro. Una baranda de aspas verdes envuelve su casa. Las retamas amarillas y los pinos crecen aquí y allí salpicando las dunas doradas. La sal de la brisa, el sol de los veranos, y la humedad, y las lluvias del invierno han curtido las maderas. Juliette pasa en esa casa que fue de sus padres seis de los mejores meses del año. Lo hace desde que empezó a pintar.

Henri estaba ahora allí, con ella de nuevo, después de tantos años. Mientras ella pinta, él esculpe las maderas de los restos de los naufragios que llegan a la orilla.

Meses más tarde, una mañana, Juliette estaba terminando aquel cuadro de una playa de arenas intensamente blancas y un cielo del mismo color que las aureolas de la laguna marina. Cuando deslizaba el pincel sobre el lienzo sintió algo que..., algo inquietante. Poco después, Henri llegó con aquello tan insoportable, con la más terrible de las noticias. Le abrazó con fuerza, estuvo con él, quiso estar con él, acompañarle en su pérdida irreparable. ¿Hay algo más terrible?

El sol se fue yendo, luego llegaron las lluvias, más lluvias, de nuevo el sol y en él aquel tormento que no puede procesar, constante, permanente. No hay luz en su mirada, siempre hacia el interior. Casi ha abandonado la talla de la madera, casi no habla, no hay más voz que la de ella y, por dentro, se ha instalado en él una tristeza incontenible.

Han pasado varias semanas, aquel día, un disco naranja se apoya sobre la línea del horizonte. El mar, poco a poco, se tiñe de púrpura. Nubes blanquecinas se están diluyendo en un cielo rojizo. Ella camina desnuda desde el mar dejando la huella de sus pies sobre la arena. Llega a la escalera de madera y sube lentamente. Él no ha dejado de mirarla, de pie, desde las barandas verdes. Ella llega arriba y se pone el vestido amarillo sobre su piel mojada. Se tumba sobre la hamaca naranja, deja caer sus brazos a los lados, cierra los ojos.

—Por fin, ¿qué vas a hacer? —dice casi en un murmullo.

Él tiene un vaso transparente en su mano y con un dedo mueve los hielos que se deshacen en su interior en medio de un líquido ámbar. En la playa, algunas gaviotas se posan en la orilla gritando, otras, planean sobre las olas.

—Me voy a ir —contesta él con una voz apagada que la brisa parece llevarse.

En la terraza las cortinas verdes se mueven despacio, hacia un lado, hacia otro. A lo lejos se oye el sonido de las conchas que las olas arrastran en la orilla.

—¿Cuándo te vas? —dice ella todavía con los ojos cerrados, sin moverse. La tela mojada deja adivinar las formas de su cuerpo.

—Mañana —contesta él dando un largo trago a su bebida—. Sí, creo que me iré mañana.

Desde que salió del mar no ha dejado de contemplarla.

—¿Estás seguro de que quieres irte? —dice ella mirando ahora los ojos de Henri que brillan con la penumbra del atardecer. Él aparta la mirada y vuelve a dar un trago o a su bebida. Los hielos rozan sus labios.

—No estoy seguro de nada, Juliette —contesta después de una pausa larga mirando ahora hacia las dunas que están delante de la casa.

—Entonces, ¿vas a pensarlo? —Su voz ha cambiado. Hay en ella un tono que esconde una impaciencia contenida. De nuevo el silencio que solo rompe el murmullo apagado de las olas. Ella no ha cambiado de postura, sigue recostada en la hamaca esperando una respuesta que se hace esperar.

—Me siento aturdido, pero ya lo he pensado, tengo que irme —dice él al fin. Inmóvil, cierra los ojos justo cuando el disco naranja desaparece detrás del horizonte. Hay algo acuoso en su mirada. Ella le ve, se incorpora, y sin dejar de mirarle le dice despacio:

—Sabes que..., que estoy aquí ¿no?

—Sí, pero lo que pasó se revuelve dentro de mí y me provoca esta indescriptible sensación de... —contesta él.

—Henri, dime, dímelo por favor —dice ella con una inquietud contenida— cuándo me buscaste de nuevo, cuando leíste aquella carta mía de papel azul claro, ¿sabías lo que iba a pasar? ¿Sabías ya que tu hijo se iría para siempre? ¿Sabías que estaba tan enfermo que no se curaría y que su final estaba próximo?

—Quizás lo supiera, porque era inevitable, quizás supiera ya lo que iba a pasar cuando te busqué, quizás pensé que si tú estabas conmigo yo podría ...

La playa sigue desierta, no hay nadie. Las gaviotas son unos pequeños puntos negros que se alejan sobre un cielo morado. La luz verde del faro en el extremo de la bahía se enciende y se apaga.

De nuevo, un silencio largo. No se dicen nada.

Ella se ha levantado y está ahora de pie, junto a él, apoyando sus brazos sobre las barandas. Los dos miran hacia la playa, a lo lejos, hacia la luz titilante del faro.

—Henri, entiendo que estés abatido, tu hijo..., yo no los he tenido y quizás no pueda comprender del todo tu pesar, pero..., no te sientas solo, estoy aquí, aquí...—dice ella atropelladamente, con un atisbo de desesperación.

—A veces, pienso que no voy a ser capaz de soportarlo, Juliette. A veces es algo también físico, algo que está muy dentro. No me puedo creer que él ya no esté. Esta casa tuya de la playa, la luz que está en todas partes, esa luz de la que has sabido llenar tus cuadros, creía que también a mí me iba a iluminar, a darme la paz que necesito. Esa luz que hay en ti, lo creía, sí, Juliette, lo creía —continúa hablando Henri con la voz quebrada—. Pero el tiempo ha pasado y no puedo..., necesito... Al pie del volcán, al otro lado, quizás consiga apaciguar esto que me pasa.

—¿Qué harás allí? ¿Qué tiene ese volcán? —contesta Juliette intentando no mostrar su abatimiento.

—El volcán tiene..., no sé explicarlo... El volcán tiene, tiene el fuego, quizás la fuerza que necesito, como si fuera algo mágico. No sé explicarlo.

—Pero, allí no hay nadie, estarás solo —dice ella mostrando en su voz cierta impaciencia, un poco de desconcierto, incompreensión.

—En el fondo ¿sabes?, creo que se nace, se vive y se muere solo —dice él con un cierto tono de cansancio, de pesadumbre.

—Entonces... —dice ella dejando una larga pausa para sus siguientes palabras que se desparraman en el aire del atardecer—. ¿Yo no soy nada para ti?

—Sí, lo eres —dice él cogiendo la mano de ella, pero sin mirarla.

—¿Qué soy? —responde ella casi enseguida.

—Todo.

—¿Todo?

—Eres la luz, eres mi amor.

—¿El amor de entonces o el amor de ahora?

—Los dos.

Se han respondido rápido, casi sin titubear, como si esas preguntas, esas respuestas, estuvieran ya preparadas.

—Si es así, ¿por qué te vas?

—Si no soy capaz de asimilar esta pérdida, si no soy capaz de hacerlo yo solo, no seré nada.

—¿Asimilarla? —contesta Juliette en un tono que expresa ya su desesperación.

—Sí, aprender a vivir con ella para seguir viviendo —dice él.

—No te vayas —le dice ella apretando la mano de él en un intento que sabe que será el último.

—Tengo que hacerlo, para seguir tengo que aprender yo solo a que todo esto forme parte de mí.

—¿Recuerdas la aureola púrpura cuando contemplábamos la laguna marina? —dice ella mirando también el horizonte.

—Sí, la recuerdo muy bien, éramos muy jóvenes.

—Sí, yo te quería mucho entonces.

—¿Y ahora ya no, Juliette?

—Sí, Henri, ahora también.

—Y yo, Juliette.

Henri, al pie del volcán, había releído una y otra vez, antes de fundir su mirada con la lejanía del mar, aquel poema de Borges sobre la soledad. Pensaba, ¿ha sido ella, acaso, capaz de imaginar lo que podía estar él sufriendo? ¿Llega hasta tan lejos la imaginación? No es que Juliette no fuera capaz, es que no era posible que se imaginara su sufrimiento, se dijo. ¿Puede alguien que no ha tenido esa pérdida ponerse en el lugar del que la ha tenido? Mi pérdida no es la suya, no puedo cargarla con ese peso, debo superarlo yo solo.

Se revuelve en su tumbona dejando por unos momentos ese libro que lee sin decisión, solamente a ratos. No ha sido capaz de retomar las gubias con las que talla la madera. Espera que el suave balanceo de las cortinas se mezcle con el murmullo desacompasado del mar y le proporcione una cierta paz. No hay voces allí, solamente los sonidos de la naturaleza. ¿Es aquel murmullo el canto de las sirenas? ¿Es aquel resplandor púrpura el reflejo de alguna ninfa que se revuelca en medio de las olas, entre las conchas de la orilla? Por mucho que Juliette le quisiera, aquella pérdida era enteramente suya. Y eso le provocaba esa indescriptible sensación de que no hay nadie que pueda estar contigo cuando eso llega.

A la sombra de las cortinas sobre el amplio corredor de madera, la tumbona sostenía su cuerpo cansado. El volcán, ahí está el volcán, piensa, y al otro lado, tan lejos, ella.

Cuando Juliette volvió a la casa de la playa después de aquellos meses de soledad desde que Henri se fue, casi enseguida, la placidez se apoderó de ella. La luz, sobre las paredes muy blancas, llenaba la atmósfera. Lienzos, con paisajes de dunas, inundaban la estancia. Los suelos de tablas de maderas, ya desgastadas, crujían a su paso. Cortinas de lonas verdes se balanceaban en los corredores exteriores con el viento del Pacífico Sur y el mar acometía la arena de la playa. Juliette se llenó de esa indefinible sensación de paz que siempre tenía cada vez que llegaba a la casa.

Sus cuadros de juventud, allí colgados, que tantas veces le parecieron ingenuos y torpes, le trasmitían ahora el recuerdo de aquella época pasada y se convertían en imágenes coloristas y llenas de una espontaneidad que le pareció que ya no tenían sus pinturas recientes. Esa nueva visión de su obra temprana no le produjo turbación. La trasladó a aquellos momentos iniciales en los que se decidió a coger los pinceles por primera vez. Todo era búsqueda y emoción entonces.

Desde la duna, había subido la escalera de madera con los ojos llenos de claridad. Arriba, todo se había quedado ordenado antes de su marcha. Dejó sus cosas sobre la mesa de madera, se desnudó lentamente y se asomó hacia el mar, dejando que la brisa empapara su cuerpo y trajera a su memoria las imágenes del espectáculo de unas nubes ardiendo cuando Henri decidió marcharse. Él, estaba lejos ahora, en aquella casa llena de misterio, al pie del volcán, al otro lado de la inmensa isla, muy lejos.

El vestido amarillo cubría ahora su piel; las cortinas, recogidas, dejaban que la brisa se deslizara entre las barandas verdes del corredor; el jarrón rojo estaba lleno de las flores agrestes de las retamas que se habían adueñado de una parte de las dunas.

Miraba al horizonte más allá de la laguna mientras se protegía con la mano de los reflejos del sol, todavía alto. Rebuscaba en su interior aquellos recuerdos de un pasado no tan lejano, felices unos, desdichados otros. Pensó entonces que la memoria es un espejo opaco y vuelto añicos y que tenía que mirar hacia delante. No le importaba volver a estar sola.

Javier Aguilera Rojas

Mayo 2016